

El deseo de ti

Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra, que me llevare el blanco día
y podrá desatar esta alma mía
hora a su afán ansioso lisonjera;

mas no, de esotra parte, en la ribera,
dejará la memoria, en donde ardía:
nadar sabe mi llama el agua fría,
y perder el respeto a ley severa.

FRANCISCO DE QUEVEDO,
"Amor constante más allá de la muerte"

H

ablar del espíritu es volver a los murmullos, que han forjado lenguaje, para encontrar en ellos las historias: introspección en y desde el sujeto que busca relatarse y relatar. Qué es si no el mundo: una serie de relatos que a través de los tiempos han ido recontándose y resignificándose; las mismas preocupaciones bajo distintos gabanos, distintos parajes, distintos labios. El quehacer de la humanidad al buscar, en diferentes palabras, distintos andamios para colgar los recuerdos, las nostalgias, las angustias y los placeres.

El mundo se teje con relatos. Se suman, en cada generación, ánimas de aedas y fantasmas rapsodas que continúan la tradición. Un relato siempre remite a otro. Un relato se construye a partir de otro. Scherezada regaló el don de hilar historias que, unas veces se parecen, pero en otras, cambian. La historia, antes asumida en masculino, se reconfigura en femenino. Dos voces nos vienen desde lejos para contar su espera: Páramo y Penélope. Comala e Ítaca se unen así.

Juan Rulfo: mexicano innegable, heredero de una tradición de ausencias y recuerdos, alma en pena sobre esta tierra de exuberancia y miseria, en-

morado de sombras, parajes claros-oscuros. Autor-lugar donde el encuentro se daba siempre en la espesura del humo-neblina de un tabaco que nunca se apagó; suspiro que inhalaba fuerza para exhalar tempestades anímicas que se concretaban en personajes cuyo sino estaba marcado por los infinitos páramos de sus espacios novelísticos.

Juan Rulfo abrevó de una cultura trágica la vivencia heroica tejida entre hebreos y cristianos, transitó constante por la literatura europea y estremeció a un continente todavía nuevo con una obra que cambiaría totalmente la narrativa, apuntando en su trabajo a una nueva poiesis.

Con *Pedro Páramo*, Juan Rulfo retó a la eternidad y consiguió vencer al tiempo con la fusión de horizontes y el tránsito del espíritu por la historia en que se encuentra su personaje, y rompió la rigidez en que encierra, por un lado, lo femenino, y, por el otro y muy aparte, lo masculino.

En el murmullo rulfiano, Pedro Páramo entabla un diálogo con su alma, desde donde habla de Susana San Juan en el espacio del amor,

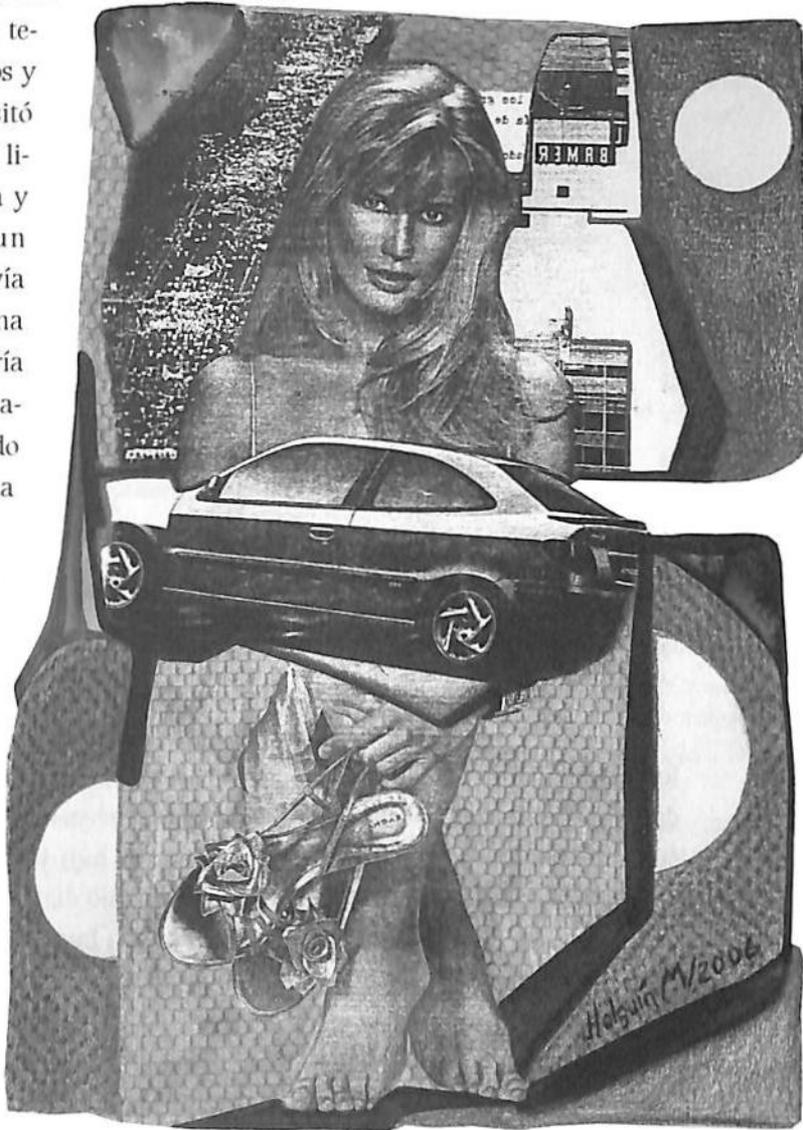
de su amor. La introspección permite que el *sí mismo* se vuelva *el otro* con el cual hablar de lo más íntimo, de lo más cercano, de la querencia. Lugar a donde se vuelve invariablemente, inexorablemente, siempre y en el siempre. Es también el lugar de la confianza, el cobijo y la querencia: espacio del descanso y de la ensoñación creadora en donde se pervive junto a la mujer amada. Amor del alma que

en ágape se encuentra con la profundidad de lo femenino: maravilla del ser en el mundo.

Hay figuras que se enlazan en el tiempo inventado por los hombres. Hay personajes que no tienen un espacio que los encierre y pueden caminar entre épocas y abismos diferentes, entre múltiples ideas y engorrosas justificaciones; que perduran porque están investidos de una categoría atemperada en el devenir de la significación profunda del deseo.

Pedro Páramo y Penélope: dos significantes labrados en la esencia del decir literario; anclados en la nomenclatura del símbolo; campos y espacios de la creación del mito en donde la magia de sus presencias enlaza sus significaciones y trasgresiones.

En una primera instancia nos arrojan a la



interpretación; en otra, a la reinterpretación de la huella de un discurso de su ser en el mundo. Una Penélope es la esposa fiel de Odiseo; otra diferente es la de Ovidio. La del mito es la que nos interesa.

Uno es el Pedro Páramo de la novela; otro, el del cine. El del discurso amoroso es el que nos interesa.

La relación establecida en la inmersión del texto-lector es una función que proporciona los medios para redescubrir el mundo como surgimiento maravilloso de la configuración de la experiencia que permite la proyección refigurativa de otra realidad. Actualizadas, las figuras de estos dos personajes inmensos se mueven en un horizonte ahistórico y en un mundo de acción y reacción cuando se pone en crisis fecunda el diálogo que proponemos entre ellos.

Argumentar es elegir un espacio desde donde podemos proponer lo que precisa decirse, señalar el camino por el que se mueve lo dicho, arrojar al tránsito la necesidad de liberar la conformidad mental de lo dicho y buscar nuevas apropiaciones del conocimiento con las palabras como herramientas de construcción.

Hablar de Penélope desde el mito es dejar en paréntesis a la esposa fiel en Ítaca, a la "autora" de las cartas incluida en la *Heroidum Epistolae* de Ovidio, a la más reciente protagonista de lo escrito en los siglos XVI y XVII en Francia, así como a la joven mujer del poema lírico de Renè Fauchois de 1913 y a la compañera protagónica del *Marido de Penélope* de John Erskine, de cuño más reciente.

Hablar de Penélope desde el mito obliga obviamente a volver a éste, pero también se puede revisar el personaje en la maravillosa obra de Esther Seligson titulada *Sed de mar*, y después recalcar en la otra figura, la de Pedro Páramo.

¿Por qué Pedro Páramo? El paralelo no es una ocurrencia, ni es gratuito, ni tampoco un pretexto por los cincuenta años cumplidos de la novela de Rulfo. Tampoco está motivado por

el profundo afecto a la obra de Rulfo. Es una reimmersion en una dimensión referencial en el mundo-de-la-vida, en el lenguaje poético, del ser-en-el-mundo de las acciones humanas.

Pedro Páramo es un personaje que se mueve en el ámbito del deseo, que mediante la introspección señala su espacio de sacralidad. Su ámbito es Susana San Juan, a partir de la mirada que le hizo sujeto en el mundo. La espera lo transformó en héroe. Aguardar el regreso de la amada lo transformó y lo inscribió en una libertad fiel y leal. Se dejó bordar por el amor, se tejió en la urdimbre femenina y se quedó, hasta el final de los tiempos, en un mito que los hombres añoran: la *completud*.

Pedro Páramo construyó un discurso especial y único para hablar de Susana; un discurso aparte, sólo para ella; espacio de diez párrafos en el texto de Rulfo, pero inconmensurable en significación, acontecimiento tan de importancia que da cuenta de la vida y de la muerte del protagonista, porque su amor no era de este mundo; más: porque su amor y su mujer no eran de este mundo

«—Susana— dijo. Luego cerró los ojos—.

Yo te pedí que regresaras...

«...Había una luna grande en medio del mundo. Se me perdían los ojos mirándote. Los rayos de la luna filtrándose sobre tu cara. No me cansaba de ver esa aparición que eras tú. Suave, restregada de luna; tu boca abullonada, humedecida, irisada de estrellas; tu cuerpo transparentándose en el agua de la noche. Susana, Susana San Juan.»

(Rulfo, 1982: 516)

El más masculino, el más macho de los personajes de Rulfo, cumple con una premisa de los personajes más femeninos de Homero: contrapuntos, contradicciones, contrasentidos, quién pudiera decirlo.

De un clásico heleno siglo VIII a. C., a una novela mexicanísima del siglo XX, una fusión de horizontes para comprender que los atributos no tienen género, o que no deberían tener-

lo. En diversas obras en que es personaje, Penélope encarna el prototipo de la fidelidad conyugal, pero no en el mito. Ella espera al esposo veinte años (*Odisea*). Es fiel a un compromiso inscrito en el tálamo nupcial; y, como reina, a la ley de su pueblo. Penélope espera a Odiseo (el mito) y por ello es leal como mujer al deseo por el hombre que ha compartido su cuerpo y a la pasión erótica que los une.

Pedro Páramo es fiel al prototipo del macho bragado que toma posesión de tierra y mujeres; que se ayunta con todas en las que puede diseminar su especie. Es fiel a la costumbre y a la ley de su pueblo. Pedro Páramo es leal a su amor, a la mujer, espacio de su ser vital, movido por esa locura divina de lo amoroso que puede aguardar en el siempre y nunca ser traicionada.

Penélope (el mito) se va poco tiempo después del regreso de Odiseo buscando eso que se perdió entre ambos. Pedro Páramo permanece como el único modo de seguir con Susana.

Al lector se le pide que comprenda el texto para abrir lo cerrado; para re-describir y rehacer la voluntad puesta en juego, que puesta en presente nos indica que hay por delante una tarea de esclare-

cimiento, pues el acontecimiento es la actuación: una intervención intencional: hablar del deseo.

Rulfo aborda una de las preocupaciones y ocupaciones más humanas; quizá, una de las más esenciales de lo humano: el deseo de amor y de ser amado, y las trabaja a través de dos índices: la fidelidad y la lealtad. Coloca en comal ardiente a un personaje que se consume ante la imposibilidad de alcanzar su deseo por el ser amado. Incommensurable dolor rodeado de susurros y remembranzas, nostalgia de lo nunca vivido, destino sumamente cruel de la raza humana.

Al inicio de *Ana Karenina*, León Tolstoi ad-

vierte de que las historias de amor felices no se cuentan. Pero lo que se pone en tela de juicio no son las historias, sino el proceder del hombre. La imposibilidad del encuentro con el otro no es sólo una fábula. Es la cotidianidad, la incompletud; incluso un sino, un castigo, una mala pasada de los dioses motivada por la envidia que surgió en tiempos remotos, cuando contempla-



ban la felicidad de los seres que se pertenecían. Platón así lo cuenta.

El otro es siempre un imposible; la otredad, un miedo. Los hombres y las mujeres ante el enigma de quiénes somos: el enigma de la alteridad. Siempre deseán-donos y combatiéndonos. Está además el entendimiento en la fidelidad o la lealtad, términos acaso sinónimos. De la fidelidad se dice que es la cualidad en la exactitud ejecutadora de una cosa, de lo que se pretende llevar a cabo de manera correcta, como interpretar de manera acuciosa una orden o una ley, e incluso un contrato. Se es fiel a la norma, al dogma, a la idea.

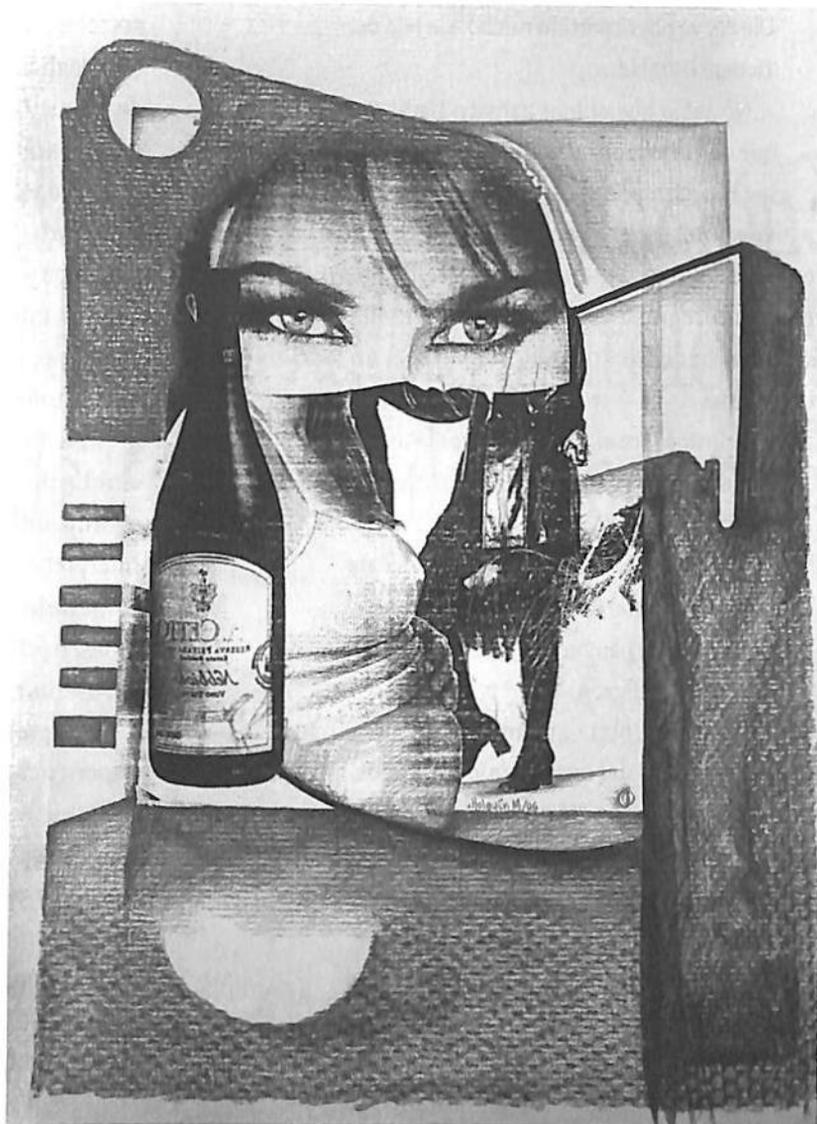
La lealtad es el cumplimiento de la leyes de la fidelidad y del honor; virtud en el amor; verdad, realidad; sí, casi sinónimos, pero en "casi", aparece una palabra, "virtud", acompañada de otra, "amor". Dos abstractos que deben ser convenidos para su acto.

El espíritu que acompaña a la palabra lealtad se hace notar. Hay en ella algo más, un significado, algo etéreo que funge como huella. No es un signo que se agota en su significado; es una acción que denota presencia. Excedencia que aproxima a otro deseo de ser. Pedro Páramo está sumergido en el *animus* de su voluntad de ser leal al amor de Susana, quien es el ánimo de su vida. Pero todo este desarrollo es él, nada más él.

Auténtico y fiel a la nostalgia aprendida como educación amorosa de su tiempo, el personaje se mantiene en la línea marcada por el amor cortés y por el amor romántico. Pero supera esa línea al permitirse el tránsito por la lealtad a

un sublime: su cuerpo y el cuerpo de Susana; el deseo que nunca desapareció

«Esperé treinta años a que regresaras, Susana. Esperé a tenerlo todo. No solamente



algo, sino todo lo que se pudiera conseguir de modo que no nos quedara ningún deseo, sólo el tuyo, el deseo de ti.»

(Rulfo, 1982: 490)

Llama absoluta en Pedro, el deseo, el eros vivificante, significa consumirse a dúo. Goce y gozo, único destino leal de hombres y mujeres. Pero Pedro muere al perderlo, pues compañero de eros es tánatos. No así Penélope, quien va en busca, como recuperación o continuidad.

La Penélope de *Sed de mar*,¹ reconstruye a la heroína a partir del mito. En una narración construida como epistolario, cuenta los porqués de su partida.

Cuando el mensajero te entregue esta carta,
Ulises, yo habré partido rumbo a la Isla del
Tiempo Durable...

...No sabía que al huir zarpaba hacia ti y
que de, de alguna manera, también en este
lugar aguardaría... (Seligson, 1993: 114)

La esposa fiel esperó veinte años; aguardó para ver crecer al hijo y mantener los bienes, pero el amado no regresó y, leal a sí misma, ella partió en busca de lo convenido, dejando a un lado el contrato.

Al principio era el furor, una espesa ansiedad de bruma en pleno vientre huérfano de su corona y de su centro, un revolver el lecho a la caza de tu presencia, un recorrer ida y vuelta la loma hasta el puerto por ver si presa de igual hambre, habías dado vuelta a la proa... (Seligson, 1993: 95)

Penélope desea intensamente encontrar en su cuerpo el cuerpo del amado que está lejos, pero a su regreso, Ulises tiene en el cuerpo los recuerdos de otras mujeres, no ya el olor de Penélope. Ella se va a recuperar ese olor como lealtad inscrita en el eros compartido.

Penetrar y salir, penetrar y dejarte dentro un dardo inflamado, hacerte sentir en su punta el centro de mi centro. Hacer estallar tu ser en tu ser, y, liberándolo, liberarme yo misma de la prisión que me construí dentro...

1 *Sed de mar* trata de las cartas escritas a Odiseo por Penélope en el tiempo de la espera. Esther Seligson reconstruye, a través de cuatro personajes, la historia de la ausencia de Odiseo y el deseo apremiante de Penélope por el héroe. Penélope escribe unas cartas que nunca recibe Odiseo, conociendo de ellas hasta que regresa a Ítaca, y además incompletas. Cartas en que Penélope relata sus ansiedades y su partida. La obra está escrita en una lírica preciosa, y el mito original que habla de la partida de Penélope está trabajado maravillosamente.

...Habrá que reordenarlo todo.

(Seligson, 1993: 118)

Sí, habrá que reordenarlo todo y construir desde otros ángulos el amor y el deseo. Saber que femenino y masculino son sólo convenciones sociales; que el tránsito fluido entre ambos es una realidad inobjetable, pues no hay maneras de amar y el deseo es de ambos y se transforma a diario. La literatura es la historia de nuestras almas, sensibilidades y esencias.

Pedro Páramo es tan femenino como Penélope y Penélope es tan bragada como aquél. No hay minorías que sientan de manera especial o que sean diferentes. Somos seres que vivimos unos al lado de los otros.

El acto de la lectura nunca es un acto concluido. El texto nos lleva siempre a nuevos significantes, a reflexiones varias, a múltiples interpretaciones, a nuevos discursos, pues, como lo señala Barthes, toda escritura es una redescipción particular de la visión del mundo del escritor, que es el mundo de todos nosotros.

Comprendiendo el texto se desarrollan otras experiencias que son una condición humana básica.

La respuesta a la lectura potencia acciones, y al decir y hacer la vida, se concretiza en una plétora erótica en que Penélope y Pedro Páramo no tienen que demandar lo que la vida les quedó a deber, y ser hombre o mujer no es impotencia. LC

BIBLIOGRAFÍA

- Rulfo, Juan (1982), *Pedro Páramo*, México, Promexa, Gran Colección de la Literatura Universal.
- Seligson, Esther (1993), *Tríptico/Sed de mar*, México, Conaculta, Lecturas Mexicanas, tercera serie.